NAVARRA, FUENTE DE INSPIRACIÓN

Navarra, Nabarra, Nafarroa, la tierra de los vascones, de la misteriosa lengua que sobrevive a pesar de los pesares, de mitos y costumbres milenarios en los que se mezclan creencias, miedos y esperanzas, del alma vasca en suma, tiene una historia tan rica y extensa, una personalidad tan definida y constante, tan fuerte, que es difícil no amarla y sentir su atracción cuando los sentimientos vuelan libres de intereses que pretenden borrar la memoria de un pueblo. No existe un solo rincón en Navarra que no evoque la enorme riqueza de su pasado, su historia y su lucha por la supervivencia. De norte a sur, de este a oeste, se necesitan años para conocerla, para sentirla dentro, pero una vez conseguido, una vez rotas las fronteras impuestas por voluntades ajenas, es imposible detener el caudal de sensaciones que provoca y negar su realidad.

Desde las tribus que convivieron con los romanos sin romanizarse, algo insólito en la historia de aquel Imperio que arrasó por la fuerza poblaciones, culturas, lenguas y modos de vida de la mitad del mundo conocido entonces, no existe un momento histórico, para bien o para mal, en el cual se haya dejado de escuchar la voz de Navarra. Otros pueblos han olvidado su pasado, han perdido sus orígenes, se han amoldado a las circunstancias, han aceptado el cambio, pero el navarro no. Incluso en épocas en las cuales su territorio se vio desbordado por gentes llegadas de otros lugares, fueron éstas las que adoptaron como propia su personalidad. Romanos, bárbaros, godos, musulmanes y francos no lograron dominar a los vascones y acabaron siendo parte de la tierra que habían venido a conquistar. Por la ruta jacobea llegó el románico a la península, y después el gótico; peregrinos, mercenarios, gentes que huían de la hambruna y de las guerras en busca de una oportunidad, la hallaron en este pedazo del mundo cuyos habitantes jamás negaron a nadie el pan y la sal, aunque en múltiples ocasiones se vieran traicionados por aquellos mismos a los que abrieron la puerta de su casa. Sin embargo, Navarra renació una y otra vez, mantuvo el espíritu que le hizo enfrentarse a los invasores, los malos gobernantes, los abusos de poder, el caciquismo doméstico y extranjero, la peste, el hambre y las sequías, las guerras y la emigración, y por ello es fuente de inspiración para cualquier escritor, narrador, novelista o, simplemente, soñador.

Se mire hacia donde se mire, siempre se encuentra una época, un momento, un personaje, una localidad, un paisaje, capaz de inspirar un pensamiento o un relato a quien quiera ver y escuchar el pasado, como es mi caso. Buceo en la historia y encuentro victorias a veces, derrotas, otras; invasión y resistencia; batallas dirigidas por jefes tribales desconocidos; alianzas y pactos rotos, hechos memorables y sacrificios dignos de una epopeya. ¿Cómo eran aquellos vascones sin ejército ni organización política que no obstante sobrevivieron a sus invasores? ¿En qué creían? ¿Cómo vivían? Sigo la pista hasta llegar a Santxo III el Mayor, su influencia y su poder; admiro los castillos que ordenó edificar, desde Aragón hasta Castilla; algunos aún están en pie, otros, me los imagino. Me pregunto por qué dividió el reino entre sus hijos y permitió que la historia siguiera un rumbo tan diferente al que hubiera podido ser. No hallo respuesta y sigo el camino que se adentra por Ostabat y se dirige a Garazi, puerta de peregrinos; Altobizkar, donde escucho el canto de Lelo; Roncesvalles, tumba del último rey vascón, el gigante que dejó huérfano a su pueblo. Mi camino se desvía para adentrarme en Zugarramurdi, Sara, Urdazubi, tierra de brujas, de viejas costumbres, tan antiguas que el ser humano es parte de su naturaleza como la roca lo es de sus cuevas; y sigo hacia Baztan, valle de hidalgos, por la ruta de los agotes que me lleva desde Bozate a Baigorri atravesando el puerto de Izpegi e intento averiguar en el camino la razón de la sinrazón que aisló durante ocho siglos a esta comunidad de vascos pirenaicos. El bullicio de Pamplona, la Iruñea de reyes y prelados, de artesanos y soldados, de navarros, francos y judíos, me trae voces del pasado en sus calles viejas y contemplo la puesta de sol desde sus murallas, al igual que hicieron generaciones enteras a lo largo de los siglos. En Obanos se me aparecen los infanzones y escucho su grito de libertad; en Lizarra-Estella, las campanas de sus iglesias llaman a rebato al aproximarse la peste negra y me dirijo a Amezkoa y, de allí, a Urbasa en donde contemplo las

piedras funerarias que los antiguos erigieron mientras rogaban a la diosa-madre que enviara la luz de los muertos, *Ilargia*, para mostrar a los difuntos el camino hacia su morada y poder, así, nacer de nuevo de la tierra.

Aún me queda mucho por recorrer. Deberé seguir los pasos de Benjamín, el vasco judío de Tudela, viajero del mundo mucho antes que Marco Polo; regresaré a Orreaga, junto a Enneko Ennekonez “Aritza”, primer rey de los vascos y hermano de madre de Muza ben Muza, jefe de los Banu Kasi. ¿Quién fue ella, la mujer, Oneka, Eneka, Oria, que compartió el lecho de dos navarros, uno cristiano y otro musulmán? Habré de seguir el camino de los almadieros roncaleses río abajo y el de los pastores lacheros por las cañadas del viejo reino y andaré después hasta Xabier, tras las huellas de los Jaso, para escuchar de viva voz la última batalla. Iré a Gares y a Dorreaga en busca de los templarios y proseguiré el camino a Biana, tumba del hijo de un Papa; recorreré la orilla del Ebro, frontera natural, en la que los navarros se enfrentaron a sus invasores y, después, me adentraré en las Bardenas, territorio lunar que habré de imaginar poblado de árboles antes de ser esquilmado. Allí, en medio del silencio, escucharé la voz de los antepasados cuyo eco atraviesa el tiempo y llega hasta nosotros para recordarnos lo que fuimos, lo que somos.

Toti Martínez de Lezea
Septiembre 2003